

Presentación de Helio Jaguaribe

Estoy honrado por la no merecida distinción de presentar hoy ante ustedes a nuestro muy ilustre visitante, el Doctor Helio Jaguaribe, una de las figuras relevantes del pensamiento político y social latinoamericano. En este caso, *presentar* sólo expresa un tributo a las consagradas formas de la cortesía, ya que su personalidad y trayectoria es suficientemente conocida y altamente valorada y respetada por todos. Sólo cabe, entonces, hacer referencia a alguno de los rasgos más generales de su extensa e influyente producción intelectual, como modestos puntos de referencia introductores a la conferencia que nos brindará.

En la inmediata posguerra, se produjo una notable renovación en las Ciencias Sociales de América Latina, en su manera de concebirse como tales, en sus metodologías, en sus relaciones con la realidad y los procesos de transformación, expresada en una crítica al atraso teórico y metodológico que padecían y al muy escaso lugar concedido a la investigación empírica. Este saludable proceso de renovación, fincado en buena medida en la adscripción teórica al funcionalismo, postulando la neutralidad valorativa de la ciencia y con una visión marcadamente a-histórica, pudo ser interpretada —a pesar de sus logros científicos efectivos— como una forma oblicua de defender el *statu quo* social y político existente. Así, estas posiciones comenzaron a ser vistas críticamente a fines de la década de los cincuenta y con mayor intensidad en los primeros sesenta. Surgió un enfoque alternativo para el examen de los problemas latinoamericanos, alentado por las desilusiones surgidas de la revelación ya muy franca de la crisis estructural que afectaba a la región y el desvanecimiento paulatino de las expectativas optimistas que habían concitado los proyectos genéricamente bajo el rótulo de "desarrollismo". Las estrategias de industrialización en el esquema de sustitución de importaciones —preconizadas desde los comienzos de la posguerra como el instrumento idóneo para apuntalar el desarrollo— no dieron los resultados esperados, ni siquiera en aquellos países que contaban con las condiciones postuladas: amplio mercado interno, base industrial consolidada, fuentes de divisas abundantes y tasas satisfactorias de formación interna de capitales.

Esto condujo a esfuerzos tendientes a explicar las razones por las cuales habían fracasado tales perspec-

tivas, a indagar las motivaciones de su impotencia, poniendo en cuestión todo el bagaje teórico existente. A la vez, los lineamientos político-institucionales de la democracia liberal empezaron a ser severamente cuestionados, desde distintas vertientes ideológicas, como marco adecuado para los necesarios procesos de cambio. El impacto de la Revolución Cubana y la amplia difusión de distintas líneas marxistas en los medios académicos y políticos constituyó otro ingrediente decisivo en la conformación del nuevo ambiente intelectual de las ciencias sociales latinoamericanas.

Nuevas preguntas acerca de la naturaleza de dichas ciencias y su función política, de su relación con la práctica y el compromiso de los intelectuales, se plantearon con inusitada fuerza, no como el resultado de una opción teórica ni de una moral exquisita de los científicos sociales de América Latina, sino como la traducción de la trágica condición social de la región. Es en este marco político, intelectual y ético, esbozado en sus rasgos más generales, que el profesor Jaguaribe edificó su obra, en torno a la problemática de las posibilidades del desarrollo integral de nuestras sociedades, los obstáculos para su logro en el que el tema de la *dependencia* al poder imperial ocupó un lugar central, y las condiciones de la acción y los actores políticos y sociales capaces de llevar adelante un nuevo proyecto histórico en nuestro subcontinente.

Por cierto, no podemos detenernos ahora en el análisis detallado del importante aporte que nuestro ilustre visitante ha hecho al desarrollo de las ciencias sociales de la región, al surgimiento y fortalecimiento de una visión crítica de nuestros problemas, ni a su denodada entrega personal en su comprensión y resolución, tanto en la labor académica, como en la actividad política y la función pública. Sólo cabe subrayar la importancia de su contribución, testimoniada por el hecho de que sus libros son un hito insoslayable para todos aquellos que racional y a la vez apasionadamente asumieron comprender la realidad de los países situados al sur del Río Grande y analizar su presente para poder hacer suyo y libre el futuro.

Sin embargo, cabe destacar un objetivo central de la obra del Doctor Jaguaribe: la formulación de un modelo autónomo para el desarrollo y la integración de América latina, entendiendo como autonomía las condiciones que hicieran posible que las decisiones relevantes en lo político, económico, cultural y social fueran tomadas por actores y agencias latinoamericana-

nas, basadas en sus propios intereses, conforme a sus propias perspectivas y a través de libres opciones. Entendiendo a América Latina en una doble acepción de significaciones: *Primera*, como un horizonte histórico-cultural común que condiciona el pasado de todos los países del área y constituye un resorte impulsor de una futura integración general; *Segunda*, como una realidad económica, política, social y cultural capaz de constituirse en un sistema que funciones como conjunto, al menos en una coordinación eficaz de sus unidades más fundamentales. El diagnóstico del profesor Jaguaribe se centró en los rasgos del estancamiento económico, político, social y cultural de la región; en la marginalidad creciente que nos aquejaba en una triple dimensión: de la región en su totalidad respecto de los países centrales; de los países menos adelantados respecto de los mejores dispuestos; interna, en cada uno de los países, de los sectores primarios y gran parte del terciario respecto de la sociedad más o menos integrada; también en la desnacionalización de la economía, de la cultura y de la política, con sus resultados funestos sobre el Estado y, en particular, sobre los recursos científico-tecnológicos, factor de absoluta relevancia para la perspectiva de un proyecto de desarrollo regional.

Sobre la base de estos elementos, el pensamiento del profesor Jaguaribe, singularmente alertado respecto de mecanicismos y reduccionismos, atento a las variaciones de los esquemas de clases y grupos sociales, de sus posiciones relativas, de sus aptitudes para protagonizar el cambio, se construyó en un activo diálogo de diversas disciplinas. Sociología, antropología, economía, ciencia política, se dieron cita para la elaboración de un proyecto autonomista cuyos constituyentes centrales fueron:

1. Despliegue de una cultura racional, científico-tecnológica, fundada en una ética de la libertad y en el humanismo social.
2. Establecimiento de un régimen equitativo de participación, favorable al consenso y a la circulación social.
3. Formación y acumulación de capital.
4. Instauración de un régimen político efectivamente representativo y eficazmente útil.

Los cambios acaecidos en la última década en el escenario mundial y en la propia América Latina han sido, sabemos, vertiginosos, profundos, trascendentes. El fin de la Guerra Fría y de la estructura bipolar de las relaciones internacionales, la emergencia de poderosos bloques económicos, la búsqueda de un

nuevo diseño en el desequilibrio y en las formas del poder mundial, la emergencia de nuevos actores políticos y sociales, de fundamentalismos y particularismos, la formidable revolución científico técnica en pleno desarrollo, sitúan a América Latina —recuperada su democracia política, aunque sujeta en algunos casos a sobresaltos o a rigurosa vigilancia, con muchos de sus añejos problemas sin resolución— de cara a nuevos desafíos que deben suscitar un renovado esfuerzo de imaginación científica y política para poder ser enfrentados con éxito. Las palabras que escucharemos del Dr. Jaguaribe, cargadas de densidad de saber y de experiencia, serán una segura guía para la reflexión y un aliciente para la labor futura. Muchas gracias.

América Latina en el nuevo contexto Internacional*

Helio Jaguaribe

Querido amigo, Dr. Delich, señor Vicerrector de la Universidad, señor profesor Crespo, que tan simpática y generosamente me presentó ante ustedes, Dr. Carlos Pérez Llana, Presidente de la Fundación Argentina y el Mundo, señoras y señores, estimados alumnos:

Desde luego, y en primer lugar, quiero agradecer con mucha emoción esta sorpresa, porque aquí había venido a pronunciar una conferencia y no a recibir un título tan distinguido como el que el Rector, por amistad antigua y no por méritos míos, tuvo a bien conferirme.

¡Muchísimas gracias, querido Rector! Lo recojo como uno de los importantes documentos de mi vida, porque tengo por este país una extraordinaria estima y aprecio.

Lo que propongo someter a ustedes, con la brevedad que la hora recomienda, son algunas consideraciones sobre el nuevo contexto internacional y la situación de América Latina en este contexto. Creo que, para empezar, hay que reconocer las extraordinarias modificaciones que han sobrevenido en el mundo con el fin de la Guerra Fría, en un primer momento bajo la admirable intervención de Gorbachov y, finalmente, por la implosión de la Unión Soviética y la desaparición del sistema de poder comunista internacional. En esta coyuntura, que marca la transición de los '80 hacia la década en que nos encontramos, Estados Unidos ha quedado como la única superpotencia en el mundo. Desapare-

* Transcripción de la conferencia pronunciada en el Salón de Grados de la Universidad nacional de Córdoba en junio de 1993 con motivo de la entrega del título de Visitante Distinguido al profesor Helio Jaguaribe.

ció por desintegración interna —por una serie de razones que no es oportuno analizar ahora— el poder contenedor y equilibrador de la Unión Soviética. En esta coyuntura podría surgir una *pax americana*, podría surgir una hegemonía mundial a partir del país que de alguna manera salió vencedor de la Guerra Fría. Sin embargo, el cuadro no se presenta exactamente así, aunque algunos elementos en este sentido pueden ser observados.

¿Por qué no nos enfrentamos actualmente con una irresistible *pax americana* y una omnipresente hegemonía mundial de los Estados Unidos? Creo que podríamos presentar un pequeño número de razones muy observables. Primero, recientemente expuestas con bastante precisión por Kennedy en un trabajo que ustedes conocen, las correlaciones entre poder imperial y capacidad de sostenimiento económico. La gran potencia que sale victoriosa de las demás en la Guerra Fría se enfrenta con problemas económicos de suprema gravedad: una constante déficit fiscal por un lado, un constante déficit en la balanza de comercio, por otro. Resulta que ese país, que había sido el más grande acumulador de recursos del mundo a mediados de siglo, el gran financiador de la reconstrucción europea después de la Segunda Guerra Mundial, se convierte en deudor en montos del orden de los seiscientos mil millones de dólares. Por lo tanto, Estados Unidos está resentido internamente por un significativo debilitamiento de su capacidad económica.

Otro aspecto que me parece importante subrayar como condición de limitación interna de la propensión o capacidad de Estados Unidos de ejercitar una hegemonía muy activa, es el hecho de que los ciudadanos —como quedó bastante patente en este terrible drama, para no decir tragedia, que fue la guerra de Vietnam— han empezado a recusar sacrificios adicionales a favor de una hegemonía americana. Los Estados Unidos han sido compelidos a renunciar al reclutamiento del soldado-ciudadano sustituyéndolo por el soldado profesional y con esto quedó claro el rechazo de la ciudadanía americana a pagar un precio demasiado alto en la aventura internacional.

Finalmente, creo que habría que reconocer que la propuesta de Estados Unidos como agencia internacional de organización del mundo quedó bastante debilitada en su legitimidad en la medida que en tiempos de la Guerra Fría un creciente número de personas y naciones se fueron enterando de que la intervención internacional americana en nombre de valores como la paz, la armonía, etcétera, fue con mucha frecuencia una manera de atender intereses nacionales muy comunes y egoístas desde el punto de vista internacional.

Además de estos aspectos internos se encuentran factores de contención en otros aspectos totalmente externos. Mientras Estados Unidos, desde el punto de vista militar es probablemente un país dotado de condiciones superiores a la suma de cualquier posibilidad de respuesta en el mundo, desde el punto de vista político —además de las restricciones económicas— su capacidad de intervención queda muy limitada por la interferencia en

aumento de algunos otros países. El mundo camina hacia una jerarquía donde, junto a Estados Unidos, tiene una creciente influencia Japón, que aparece como un gigante económico-tecnológico que pasa a ser el mayor acumulador de recursos del mundo, y Europa. Aunque esta última ahora esté viviendo momentos no demasiado dinámicos en su proceso de integración, por las dudas que está suscitando la unificación monetaria presidida por el Tratado de Maastricht, sin embargo tiene ya un grado de unidad económica y de operacionalidad de conjunto extremadamente grande que hace que sea un interlocutor necesario, presente, importante, en las decisiones internacionales.

Creo que se podría trazar un cuadro internacional característico del mundo de la década del '90, marcado por la primacía de los tres grandes: Estados Unidos, Japón y la Comunidad Europea. Junto a ellos está creciendo la importancia de la legitimación que puede ser proporcionada por el Grupo de los Siete, que comprende a los europeos y, además, a Canadá. Y, un aspecto nuevo, las Naciones Unidas. Esta gran construcción que tenía como objeto regular las relaciones mundiales desde el acta de San Francisco a fines de la Segunda Guerra Mundial y que había quedado bastante neutralizada en su capacidad de tomar decisiones por el bloqueo del *impasse* entre las fuerzas orientales, o las fuerzas de Europa Oriental y la Unión Soviética, *versus* las fuerzas occidentales. Liberadas de las constricciones de la Guerra Fría, las Naciones Unidas emergen como una necesaria agencia de legitimación de intervenciones internacionales de creciente importancia.

Creo que tampoco se puede dejar de lado a los grandes países del Tercer Mundo que están empezando a desempeñar un papel significativo en el escenario internacional. Indudablemente es preciso que, en primer lugar, se mencione a China, ese país gigantesco de mil doscientos millones de habitantes que logró en estos últimos años esa "cosa espantosa" de mantener un constante crecimiento de su PBI del 10% por año para Taiwan o Corea es una cosa, pero para un país de mil doscientos millones de habitantes es algo extraordinariamente sorprendente; de tal manera que en su nueva clasificación de los productores mundiales utilizando criterios más sofisticados que los anteriormente manejados, el Fondo Monetario Internacional colocó a China como el segundo país del mundo en rango del PBI. Este país tiene una importancia cada vez más grande. Además habría que mencionar una posibilidad bastante visible de que países como India y, en nuestra área, Brasil y Argentina en el contexto del Mercosur, empiezan a poder jugar en el mundo. Este sistema tripartito que está caracterizado por la supremacía de los Estados Unidos, Japón y Europa presenta, a mi juicio —como creo que la historia lo demuestra en relación a todos los sistemas de tripartición del poder—, una cierta inestabilidad que es inherente a este tipo de orden. En efecto, se puede observar en la historia —desde los triunviratos romanos a las diversas triparticiones de poder que existieron en Europa a partir del siglo XVIII—, el hecho de que hay una tendencia en sistemas tripartitos a que dos de los elementos se unan contra el restante para imponerle una superioridad y exigirle decidirse eventualmente por un monopolio final del poder.

No me parece reñido con las condiciones de observación empírica decir que hay elementos que indican que a pesar de sus recíprocas idiosincrasias, Japón y Estados Unidos tienen una cierta conjunción con implicancias detrimentales para Europa. Esta se encuentra entre la supercompetitividad japonesa y el enorme peso del gigante americano. Tales condiciones parecen estar suscitando en los países europeos, vencidas las últimas barreras para una formación más operacionalizable de su unidad, la necesidad de aliados externos y podría ser razonable predecir que Europa será compelida a tener relaciones más abiertas con los grandes países del Tercer Mundo como una forma de compensar su relativa pérdida de espacio ante la presión nipo-americana y ahí estoy anticipando las relaciones particulares de Europa con China, de Europa con el Mercosur. Estoy anticipando las relaciones de esta naturaleza.

La sociedad internacional que está emergiendo de este sistema de poder, que muy brevemente acabo de describir, me parece caracterizada por el hecho de que el equilibrio bipolar creado por el conflicto y la recíproca neutralización norteamericano-soviética al ser sustituido por una formación de hegemonía militar americana compensada por los otros dos países (Japón-Europa) no está conduciendo a un nuevo orden internacional.

En realidad está conduciendo a un nuevo sistema que todavía no encontró su modalidad de equilibrio y que está marcado por impresionantes faltas de correspondencia entre las necesidades y la institucionalización de brechas extremadamente serias en el sistema de armonización de los intereses internacionales.

Diría que esto se revela fundamentalmente por el hecho de que el conflicto Norte-Sur está tomando aspectos y agravantes que pueden, de alguna manera, ser más importantes de los que existieron en el conflicto Este-Oeste. Esto es porque no obstante la destructividad potencial absoluta que había en la confrontación de la Guerra Fría, esta misma destructividad estratégica tornaba inviable la utilización del poder militar. En cambio, en el caso del conflicto Norte-Sur, nos estamos enfrentando con la situación de creciente inviabilidad de la idea de que sería compatible hacer una isla de prosperidad en el Norte con la acción organizada, racional, equitativa de intereses colectivos que todavía no tienen defensa y sin la atención de los cuales la propia vida humana se tornaría imposible, y en plazos relativamente cortos. La ecología es frecuentemente objeto de formulaciones primitivas, un poco demagógicas, un poco tendientes a volver al mito del *bon sauvage*. Sin embargo la ecología es una realidad, la sociedad industrial está dirigiendo al mundo, en cuanto sistema físico, una agresión cada vez mayor que la capacidad de auto-regulación. Hasta un periodo relativamente reciente, la relación hombre-naturaleza era de tal calidad que las agresiones que el hombre efectuaba —desde las más remotas civilizaciones— eran compensadas por mecanismos automáticos de reequilibrio de la naturaleza. Ahora está bastante más claro que la capacidad de reequilibrio de los fenómenos naturales es inferior a las agresiones resultantes de la sociedad industrial. Los ríos están contaminados, los cielos están empezando a morir,

el Mediterráneo es casi hoy en día un mar sin peces, y así la atmósfera, etcétera. Es evidente que estas cosas no pueden ser organizadas sin un sistema racional, equitativo, de administración de intereses comunes de la humanidad, cosas que en principio Naciones Unidas podría ejercer, que están dentro de su vocación pero totalmente por encima de su capacidad efectiva de acción presente.

Entonces, yo llamaría la atención sobre el hecho de que en este mundo de una sociedad internacional insuficientemente regulada, ni hay condiciones para proteger los intereses más globales como los relacionados con la ecología, ni se está pudiendo dar una protección suficientemente eficaz a un proyecto de intereses globales como son los relacionados con la salud, las comunicaciones, el transporte y tampoco se está logrando dar una protección adecuada para evitar conflictos extremadamente salvajes de tipo localizado. No hay condiciones para una guerra general y además desaparecieron los antagonismos de tipo general, pero subsisten y se agravan los conflictos locales y continúa sin solución el conflicto árabe-israelí, el de Bosnia que es simplemente la representación de un genocidio inexcusable ante los ojos del mundo civilizado, que utiliza toda suerte de pretextos e hipocresías para no intervenir porque la intervención le sale cara. Se interviene en el golfo Pérsico porque, por un lado, hay intereses extremadamente serios, como el del petróleo, y, por otro, porque al contrario de lo que pensaba la ingenuidad estratégica del señor Hussein, la posibilidad de una destrucción total del sistema iraquí por vía aérea era real. Si se considera que en esta guerra cayeron cien mil iraquíes y sólo doscientos en el otro bando, menos que en accidentes de tránsito en un *week-end* de Nueva York, fue para Occidente desde el punto de vista de vidas humanas la incursión más barata del mundo. Ahora, la situación en Bosnia es distinta, ahí hay que intervenir por las montañas, luchar contra serbios armados, la aviación no tiene condiciones de retorno a sus bases, entonces el mundo se rodea de hipocresías y deja que la masacre de los musulmanes bosnios continúe.

En esta situación de desequilibrio Norte-Sur, de conflictos localizados y de amenazas serias a los intereses globales de la humanidad, se sitúa nuestra América Latina, nuestros países. Los dos de los que vamos a hablar detenidamente, Argentina y Brasil, tienen que ubicarse en este sistema, tienen que sacar conclusiones del cuadro que intenté trazar brevemente en unas pinceladas.

AMERICA LATINA

Creo que la primera cosa que hay que hacer cuando se contempla a América Latina, es reconocer —personalmente con mucha tristeza— que un cierto ideal que agitaba a los espíritus progresistas de la década de los '50 no desembocó en la gran organización latinoamericana, cuya implementación efectiva quedó en la retórica.

América Latina está manifestando diferenciaciones del tal naturaleza,

distinciones de intereses de tal grado, que no es más realista seguir hablando de una entidad operacionalizable en su conjunto. Es seguramente un espacio y muy importante, de un espacio cultural, un espacio histórico donde la comunicación se hace espontáneamente por esta cosa fundamental que es la faz de la "unidad cultural". Siempre he sostenido que las diferencias culturales entre la iberidad hispánica y la iberidad lusitana son bastante secundarias, quizás la diferencia entre un castellano y un andaluz sea mayor que entre un andaluz y un portugués. Por esta razón hay una profunda unidad cultural en nuestra América Latina.

Pero también América Latina es un sistema muy diferenciado de países, de alto grado de desarrollo como Argentina y Brasil, de grado mediano como Chile, Uruguay y Venezuela, de grado muy modesto como los de América Central y algunos del sur. Es un conjunto de naciones que tienen intereses internacionales muy diversificados y por eso creo que hay que reconocer que en América Latina hay tendencias de polarizaciones que se van efectivamente a concretar. Básicamente creo que se puede hablar de dos polos, un macro-polo de extraordinaria capacidad de atracción, que por supuesto está en los Estados Unidos, y un micro-polo con capacidad mucho más modesta pero de ninguna manera despreciable que es lo que resulta de la integración fundamentalmente argentino-brasileña, el Mercosur.

Entre estos dos polos América Latina tiene relaciones bastante diferenciadas de intereses. Creo que posiblemente se podría hablar de tres modalidades de relacionamiento entre esos dos polos y con el mundo en general. El primero sería lo que yo llamo las exportaciones *hanseáticas*, utilizando el símbolo y el ejemplo de los países *hanseáticos* del siglo xiv y xv. Es el caso típico de Chile, un país pequeño, bien estructurado, que está superando sus crisis del periodo militar, que consiguió un ajuste al mercado internacional bastante grande, que logra visos de competitividad para sus exportaciones en el mundo en general. Procede *hanseáticamente*. Hay también propensiones *hanseáticas* en Uruguay y, sin embargo, por los contenidos, por la constatación realista de que la economía uruguaya es demasiado dependiente de las economías argentino-brasileña, la vocación *hanseática* es contrabalanceada por el hecho de que más del 50% de sus exportaciones se destinan a la región del Cono Sur. Hay algunas propensiones *hanseáticas* en Argentina, que creo necesarias estudiarlas, no simular que no existen. Porque hay una vocación *hanseática* de la vieja Buenos Aires, del proyecto porteño ligado al conflicto histórico de este país entre unitarios y federales, vocación enfrentada al proyecto de formar un gran estado federal a partir de Buenos Aires, una gran nación de todos. Creo que Córdoba es un sitio interesante para discutir esta confrontación entre la relación de provincias y la vieja tendencia estado-ciudad de la capital porteña. Mi impresión es que, bien analizado, se constatará que los intereses argentinos claramente son de tipo *continental* mucho más que de tipo *hanseático*, sin prejuicio de que Argentina se mantenga abierta al mundo, lo que es una cosa distinta.

Entonces, encuentro tres propensiones en América Latina: la *hanseática* (Chile y eventualmente Uruguay, si no tuviera la dependencia que mantiene

con el Mercosur), la posición inversa, *continental*, típicamente brasileña y en gran parte también de Argentina y una propensión un poco oscilante de los dos países del norte de América del Sur. Esto nos obliga, entonces, a un análisis de lo que a nosotros nos interesa más de cerca, que es la cuestión del Mercosur. Vuelvo a decir a ustedes, como lo he dicho en un momento anterior de esta conferencia, que no es ya posible pensar en forma realista en operacionalizar América Latina en su totalidad. América Latina es un espacio, un centro donde la comunicación es fácil, pero donde los intereses son ya distintos. Nadie podrá separar a México de su integración con Estados Unidos y aunque el Congreso americano retarda un poco la ratificación del tratado, yo creo que no tiene alternativa porque la unión entre Estados Unidos y Canadá por un lado y México por el otro ya es un hecho y el tratado sólo institucionaliza lo que ya existe, no inventa nada, simplemente reglamenta la realidad preexistente. México se está inexorablemente insertando a una articulación muy estrecha con la economía estadounidense, lo que no significa que va a renunciar a su cultura iberoamericana y a sus relaciones con el sur de América Latina; sólo que económicamente está integrado en el polo norteamericano.

Por otra parte me parece que en el caso del Cono Sur, en los países del sur de América, el Mercosur es simplemente una imitación mecánica de lo que están haciendo los europeos con su comunidad o México con América del Norte, pero sobre la base de que nuestras economías tienen integraciones que son extremadamente grandes y que, además, son muy necesarias para todos. La verdad es que Paraguay y Uruguay dependen en más del 50% de su comercio de la zona del Mercosur; simplemente es un hecho, tienen que incorporarse porque ahí están sus intereses comerciales.

Mercosur, en cuanto a los dos países grandes representa una atracción comercial más modesta. Como máximo un poco más del 20% de las exportaciones argentinas podrán ir a Brasil, un poco más del 10% de las brasileñas a Argentina. No son partidas despreciables pero no es este aspecto el más importante de la justificación de Mercosur para nuestros dos países. Entonces, ¿cuál es? Yo diría a ustedes que —además de la no irrelevancia de aspecto comercial, dada su tendencia a un crecimiento bastante considerable a un plazo más largo— es en el plazo relativamente corto, en el plazo medio, donde yo veo la absoluta esencialidad del Mercosur por los dos países. Esta consiste, en primer lugar, en el hecho de que Mercosur se está constituyendo en la única posibilidad de que, mediante la cooperación de nuestros dos establecimientos científico-tecnológicos, podamos superar las barreras que se están levantando en el mundo al desarrollo científico-tecnológico de los países más atrasados en ese terreno.

Yo creo que sobre esto, sobre todo aquí en una Universidad situada en un centro industrial y, por lo tanto, un centro tecnológico, hay que reflexionar con mucha nitidez. El mundo ha sido encaminado desde el Renacimiento y de una manera bastante acentuada a partir de la Ilustración, en la idea de que el saber era una propiedad universal, un mundo abierto. Hasta hace algunos años un chico argentino que fuese a Alemania —donde tuve la

oportunidad de estar enseñando en los años '60— tenía acceso a la totalidad del conocimiento mundial, sin ninguna restricción. Simplemente bastaba tener las calificaciones necesarias para llegar al máximo del saber de punta. Esto no es más así actualmente. No porque las universidades de alta calidad estén trabajando en secreto, sino porque dado el hecho de que el saber de punta presenta probabilidades bastante grandes de convertirse en tecnología, la actividad de proteger esa tecnología posible que va a emerger del saber de punta está llevando a los laboratorios internacionales o transnacionales a restringirlo para su sello, para su laboratorio, sacarlo de la universidad, protegerlo con patentes en el secreto, en el siglo más absoluto para hacer como los alquimistas medievales, hacer del secreto del saber de punta la posibilidad de una utilización económica que vaya a alimentar las líneas productivas de estas grandes transnacionales.

En estas condiciones—que se están agravando claramente con la presión creciente de Estados Unidos y algunos países que disponen de estos laboratorios— de cercenar la posibilidad del saber abierto, del saber sin fronteras, los países más atrasados relativamente en ciencia y en tecnología, si no hacen un esfuerzo extremadamente grande de reunir capacidad y lograr *masa crítica*, van a condenarse a la más lamentable dependencia que se puede concebir del neocolonialismo científico-tecnológico. Esto está claramente ante nosotros. Ninguno de nuestros países tiene aisladamente la capacidad en tiempo suficientemente acelerado de acceder al nivel cada vez más rápido del desarrollo científico-tecnológico. Si logramos reunir nuestras capacidades científico-tecnológicas muy rápidamente vamos a adquirir en varios sectores la masa crítica. Esto significa que, cuando se llega a la masa crítica, se eleva a la situación de conocimiento que permite su desdoble, la reinención de la rueda. Se reinventa la rueda, de nada sirve el secreto de la rueda porque la reinventamos desde que tenemos masa crítica.

En conjunto podemos ver que no hay perspectivas de una Argentina independiente en el siglo XXI, ni Brasil, si mantenemos la dependencia científico-tecnológica respecto de los grandes laboratorios internacionales. Es una mentira pensar que la tecnología es comercializable, la tecnología para siempre por arriba de la comercialización poniendo sus propias condiciones de mercado.

El segundo aspecto importante que quería mencionar por el cual me parece que el Mercosur es absolutamente indispensable para nuestros dos países, es el hecho de que estamos viviendo un momento histórico caracterizado por esta extraordinaria aceleración del saber científico-tecnológico que está creando una nueva etapa de la que la evolución de las sociedades, que está impulsando el paso de sociedades industriales a post-industriales extremadamente informatizadas y creando una brecha entre la sociedad post-industrial y la agraria e industrial, se está creando otro nivel extraordinariamente informatizado y post-industrial y si no damos este paso quedaremos como una especie de suburbio agrario del mundo.

Por otro lado, en esta situación de creación de mega-mercados, del NAFTA, del Mercado Japonés, los países aislados van a ser sometidos a discrimina-

ción sin capacidad de represalia. Es muy importante, ahora que nuestras comunidades intelectuales de América Latina están procediendo a una absolutamente indispensable revisión de conceptos archivados, obsoletos, del marxismo convencional, de la idea de autonomía total y crecimiento hacia dentro —algunas tesis que han sido extraordinariamente fecundas en su momento pero que ahora se convirtieron en obsoletas—, que no nos dejemos arrastrar por una ideología de sentido contrario, la del neo-liberalismo de exportación. El neo-liberalismo tal como se pregona en algunos libros, circula entre nosotros, es una filosofía de exportación, que los que la producen no practican internamente. ¿Dónde está el neo-liberalismo? El neo-liberalismo está en eliminar los misiles argentinos, pero no en permitir el ingreso del producto argentino competitivo sujeto a cuotas, por ejemplo.

No hay ninguna posibilidad de tener un desarrollo conveniente para nuestros pueblos si no organizamos un mínimo de masa crítica, que tenga capacidad directa de acción: usted me aplica unilateralmente esta penalidad, yo le doy esta otra y el mercado del Mercosur está cerrado. Una cosa es cerrar el mercado argentino y otra cerrar el Mercosur, que es un pequeño insecto dotado de posibilidades de picar como las avispas. No es un dragón, pero pocos atacan a quienes lo pueden picar. El Mercosur tiene un mínimo suficiente de capacidad de represalia para crear un sistema de disuasión de formas intolerables de restricciones unilaterales sobre nuestro comercio. Por ahora estamos totalmente inermes frente a discriminaciones unilaterales que se han aplicado mientras se difunde una ideología neo-liberal.

Por esta razón —y ya termino mis consideraciones—, tenemos que tener un poco de paciencia en relación con algunas dificultades para definir el Mercosur. No nos hagamos ilusiones, Mercosur es una idea extremadamente correcta pero su conversión en proceso efectivo y corriente, que está marcado por una actitud positiva de nuestros presidentes para el 1º de enero de 1995, no será fácil. Mantener ese plazo nos incentiva para trabajar en dirección a su logro, pero es importante no hacernos ilusiones respecto de las dificultades que tenemos en frente.

La mayor de ellas consiste en una compatibilización macro-económica recíproca entre los cuatro integrantes y el tratamiento entre los dos países más grandes. ¿Qué está detrás de esa dificultad? Yo creo que en esto, resultan fundamentales dos aspectos. Por un lado, Argentina ha logrado de una manera extraordinaria —y que los dioses mantengan esta conquista!— eliminar la inflación argentina es perfectamente compatible con una estadística internacional. Sin embargo, el mecanismo que se utilizó para lograrla es el de la rígida paridad entre el peso y el dólar, y esto queda sometido a una gran presión, ya que todos los años los costos argentinos crecen un 15% mientras que la devaluación del dólar es de sólo un 3%. Uno, dos o tres años acumulados, este desequilibrio entre costos y devaluación reduce cada vez más el espacio de exportación argentino y es evidente que en este país hay que encontrar una solución para retomar la capacidad de exportación sin volver a la inflación. Por favor, es necesario no creer que los

desequilibrios del sistema en el comercio argentino-brasileño son porque habría una inherente inferioridad argentina y no porque Argentina tiene una capacidad de exportación crecientemente limitada por la rigidez de la relación entre costos ascendentes y cambio fijo. ¿Cómo hacer para salir? Es complicado, no estoy aquí para recetas, es necesario llamar la atención sobre la necesidad de resolver este problema, sin la solución del cual la posición competitiva argentina es claramente declinable.

Por otro lado, por la parte brasileña es evidente la imposibilidad —entre tantas otras cosas que tenemos que atender— de actuar con una economía que sea una plaza adecuada para Argentina y los demás socios con una inflación de un 30% mensual. Simplemente no hay moneda, no hay referencia, es un país con la economía totalmente enloquecida. Y resulta totalmente sorprendente cómo este país logró tener una economía vigorosa con una inflación del 30%. Es una cosa delirante que evidentemente no va a terminar bien. Ahora tenemos con el plan del ministro Cavallo una propuesta muy sensata ya probada que debe ser seguida por otras medidas previstas, tales como la reforma tributaria, la fiscal e, inclusive, la constitucional. Así podrá salirse de la inflación, pero es duro de hacer.

Brasil no podrá ser una plaza adecuada para los demás miembros del Mercosur si tiene una inflación del 30%, así como Argentina no puede ser una plaza adecuada si no tiene capacidad de exportación. Estos problemas deben ser resueltos por nuestros países lo más rápidamente posible. El problema existe, pero es soluble, y si lo resolvemos, crearemos con el Mercosur un espacio que va a aumentar significativamente nuestro progreso, nuestra capacidad de autodeterminación y que nos garantizará una posibilidad de mayor seguridad en el siglo XXI.

Muchas gracias.